

IGLESIA VIVA  
Nº236, oct.-diciem. 2008  
pp. 7-14  
© Asociación Iglesia Viva  
ISSN. 0210-1114

ESTUDIOS

## Declaración ante la crisis económica

Consejo de Dirección de IGLESIA VIVA

Iglesia Viva, fiel a su vocación de pronunciar una palabra significativa sobre la situación de nuestro mundo y de nuestra Iglesia, quiere hacerlo ahora en la actual crisis económica y social, expresión de la globalización neoliberal del sistema capitalista, que es una llamada urgente a nuestra conciencia humana y cristiana. No es la primera vez que abordamos la forma irracional e injusta en que se está construyendo la actual globalización del sistema capitalista neoliberal. Preocupados por la quiebra de la humanidad, que se sigue acentuando (*Globalización ¿podremos vivir juntos?*, nº 199, 1999), hemos reflexionado sobre el individualismo propietario que guía todo el proceso (*Individualismo propietario y justicia social*, nº 211, 2002) y hemos criticado los discursos que lo legitiman (*El [des]orden mundial* nº 219, 2004).

La especial gravedad de la crisis actual nos lleva a manifestar una vez más nuestra indignación y a denunciar tanto la deriva totalitaria del actual capitalismo neolibe-

ral, como la dialéctica criminal que lo dinamiza y que genera un número incontable de víctimas. La crisis económica va acompañada de otra profunda crisis de carácter ético e incluso religioso, que se relaciona con la hegemonía que durante las últimas décadas han venido ejerciendo las razones de la razón cínica y de la razón indolente, orientadas a legitimar una forma de pensar y de vivir que es incompatible con una vida digna de llamarse humana.

## I. LOS HECHOS

El detonante de la crisis, según se repite, parece haber sido lo que algunos autores han llamado las desvergüenzas del capitalismo. La política crediticia ha sido expresamente diseñada para "conceder préstamos y desentenderse", vendiéndolos en forma de títulos con riesgos ficticiamente reducidos y financiando su compra mediante el uso masivo de deuda por parte de las entidades financieras, todo ello en pro de conseguir beneficios rápidos y cómodos para los inversores y pingües sobresueldos para todo tipo de gestores y directivos. Un sistema financiero guiado por el afán de enriquecerse a toda costa, sin límites legales ni morales, ha pervertido de tal forma el funcionamiento del mercado de capitales que su veneno ha acabado por intoxicar a toda la economía real, es decir, la que tiene que ver con la producción de bienes y servicios. Las familiares "burbujas" especulativas (financiera e inmobiliaria) han acabado por estallar y con ellas los peores efectos de la crisis: recesión económica, paro, exclusión social.

El singular muestrario de desvergüenzas que cada día están saliendo a la luz y que son típicas de gánsteres económicos no debe servir para ocultar o exculpar a quienes han sido cómplices directos o agentes responsables de gran parte de dichas desvergüenzas. Nos referimos a políticos, economistas y gestores institucionales, que no han querido o no han sabido aplicar responsablemente las medidas de control imprescindibles para atajar lo ocurrido.

La génesis de la crisis no se limita a la perversión del sistema financiero, sino que hay que situarla en la política económica neoliberal que, a lo largo de las últimas décadas y bajo la batuta norteamericana y su instrumentalización de instituciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Departamento de Estado y el del Tesoro, etcétera, ha impuesto una liberalización de los movimientos de capitales y ha permitido un sistema financiero mundial sin control democrático alguno. Gracias

a esta política neoliberal, los más ricos y poderosos de este mundo han podido vivir por encima de sus posibilidades, a costa del resto del mundo. España es uno de los países más beneficiados de esta política neoliberal y, por eso, la crisis nos afectará de forma más rigurosa.

La forma en que los flujos financieros han respondido a la lógica especulativa del sistema financiero mundial está detrás de las otras grandes crisis que han sacudido las economías del mundo y que han generado más pobreza y exclusión. Nos referimos sobre todo a la crisis alimentaria, que debería ser hoy la prioridad número uno de la agenda internacional.

No es una exageración decir que a lo largo de estas últimas décadas el neoliberalismo ha mostrado una deriva totalitaria y que sus efectos son mucho más profundos que los estrictamente económicos. Dado que la ley suprema por la que se han guiado los mercados ha sido la ley del beneficio fácil, ante la que los Estados se han visto deslegitimados para actuar y no ha habido control alguno de la irresponsable actitud con la que han funcionado gran parte de las entidades financieras y de los especuladores, nos encontramos con una situación cuya gravedad real desconocemos.

Una manifestación todavía más dramática de la deriva totalitaria del neoliberalismo que está reflejando la actual crisis es la radicalización de lo que el papa Juan Pablo II llamaba, en la *Sollicitudo Rei Socialis*, la "dialéctica criminal" que fractura nuestro mundo:

*"Una de las mayores injusticias del mundo contemporáneo consiste precisamente en esto: en que son relativamente pocos los que poseen mucho, y muchos los que no poseen casi nada. Es la injusticia de la mala distribución de los bienes y servicios destinados originariamente a todos. Éste es, pues, el cuadro: están aquellos –los pocos que poseen mucho– que no llegan verdaderamente a ‘ser’, porque, por una inversión de la jerarquía de los valores, se encuentran impedidos por el culto del ‘tener’; y están los otros –los muchos que poseen poco o nada– los cuales no consiguen realizar su vocación humana fundamental al carecer de los bienes indispensables" (n. 28).*

La quiebra radical de lo humano que esta dialéctica supone está perfectamente explicitada con la expresión de doble nihilismo: la aniquilación biológica de la persona humana, ya que le niega la condición de posibilidad de la vida; y la aniquilación espiritual que niega la posibilidad de que la persona desarrolle la dimensión constitutiva de lo humano: ser con otros y desde otros.

## II. LAS LEGITIMACIONES

Ha sido una constante histórica la legitimación de la situación desigualitaria e injusta creada por el capitalismo y a ella nos hemos referido en los números de nuestra revista arriba mencionados. El individualismo posesivo y propietario ha logrado que se olvidara el principio antropológico y ético del destino universal de los bienes de la tierra y que casi todos, incluidos los creyentes, asumiéramos como propia la biblia burguesa y la adoración de su sagrada trinidad: tener, saber y poder.

Pero hoy se da una forma de legitimación más indecente y cruel que las hasta ahora conocidas. Nos referimos a la de la **razón cínica**, entendiendo esta como la búsqueda constante de razones falaces para defenderse de la razón. Causa estupefacción ver en qué poco tiempo han quedado obsoletos los lemas más repetidos de la ortodoxia neoliberal que han estado en los orígenes de la crisis y que se resumían en el axioma: *"El Estado no es la solución, es el problema"*. Ahora resulta que el Estado es el único bombero fiable y eficaz ante los destrozos ocasionados por tanto honorable pirómano. Las ingentes sumas que los Estados se ven obligados a inyectar en los flujos del sistema económico capitalista ahora en crisis desmienten su principal argumento legitimador: cuanto más mercado, mejor; entendido éste sin controles ni responsabilidades ante instancias políticas o jurídicas. ¿Dónde están ahora los argumentos utilizados para negar los fondos necesarios para conseguir los objetivos del milenio o para condonar las deudas de los países más empobrecidos del planeta?

Se sigue afirmando sin pestañear que socializar las pérdidas ocasionadas por actividades incompetentes, cuando no claramente ilegales e inmorales, cargando nuevamente los costos sobre los más pobres, es una imperiosa necesidad del sistema ante la que no hay alternativa. Se siguen justificando, en nombre de una pretendida competitividad –sólo la razón cínica podría aducir este motivo– la distribución desigualitaria de las rentas y de los recursos y la flexibilización de los procesos productivos. Desde luego no somos tan ingenuos como para esperar que ese mismo Estado que desregula para fortalecer al capital y regula para socializar las pérdidas vaya a intervenir en el sentido de una socialdemocracia planetaria redistributiva e igualitaria.

Junto a las razones que esgrime la razón cínica, hay que denunciar también las que aduce otra forma de razón, la **"razón indolente"**, que al final acaba alineándose con la primera. Es la razón que renuncia a su mayoría de edad y que no se atreve a pensar autocríticamente y con reflexividad; que ante este mundo que ha sido construido por nosotros, pero que es presen-

tado como fatal y necesario, desiste de pensar y no se atreve a abandonar los viejos mapas y sus traducciones jurídicas y políticas, y a dibujar otros cuyas distorsiones de la realidad sean menos arbitrarias e inhumanas.

Una de sus manifestaciones es el mantenimiento acrítico del *statu quo*, legitimado desde la posición de quien tiende a identificar legalidad con legitimidad y el orden mundial con el desorden vigente (predominancia estructural de los procesos de exclusión sobre los de inclusión), que es incluso claramente ilegal. La declaración de ilegalidad de la pobreza debería ser tan razonable como la de la ilegalidad de la esclavitud. Pero la razón indolente nos puede llevar a seguir legitimando situaciones claramente ilegales, como la de los paraísos fiscales y otras muchas formas de corrupción institucionalizada, aun a sabiendas de que son incompatibles con cualquier proyecto de orden decente.

Otra de sus expresiones es la sacralización de los hábitos e intereses reflejados en nuestro mapamundi (en el derecho internacional, en las instituciones que rigen el mundo, etcétera), porque somos sus beneficiarios. Los ideales de libertad, igualdad, justicia y solidaridad internacional, con lo que suponen de sacrificio, austeridad y transferencia de lo propio a los demás, parecen algo anacrónico para una sociedad que está volcada en la búsqueda obsesiva de su propio bienestar y seguridad. Las sociedades democráticas, instaladas en el viejo paradigma del bienestar y la seguridad, son alérgicas a las revoluciones. El propietarismo, el consumismo y el privatismo radical las anestesian y las hacen proclives al benévolo y masivo despotismo que degrada a los hombres sin que se enteren. Se identifica la felicidad con el éxito económico personal e inmediato, desembocando en el tener para exhibir y gozar, con total despreocupación por el bienestar colectivo.

Hay, además, otro tipo de razones que, aunque no lo parezca, acaban justificando también la situación que legitiman la razón cínica y la razón indolente. Este es el caso del abuso perverso de la "**razón compasiva**". Lamentablemente, el uso ideológico de la razón compasiva –de suyo, profundamente humana y cristiana– se ha puesto de moda e incluso se pondrá todavía aún más en esta situación de crisis. Decimos lamentablemente, porque son numerosas y variadas las instituciones y personajes que utilizan como lema el dicho de Jesús: "*los últimos de éstos, mis hermanos*" para justificar sus instituciones y obras de compasión. Pero sabemos que gran parte de todos estos proyectos de compasión, propiciados por los mismos autores y actores neoconservadores que han mostrado una contumaz ojeriza contra el concepto de justicia social, no responden a la lógica de crear una sociedad más justa, con unas nuevas estructuras de producción y distribución de los recursos o de reconocimiento democrático de las diferencias.

Lo criticamos de manera tan dura porque no parece que en estas experiencias se haya roto con el espíritu que históricamente ha propiciado las "leyes de pobres", orientadas, como sabemos, más al control y al orden sociales que a la solidaridad con los pobres. Destinar cantidades nimias e indoloras a la solución de los problemas de la exclusión social nos puede tranquilizar la conciencia, porque nos sentimos compasivos, pero no hacen avanzar la solución auténtica de los problemas.

Estas prácticas compasivas y sus legitimaciones podrán quizá superar algunas de las razones críticas de sus clásicos detractores que nos alertaban ante las frecuentes patologías que se esconden tras esa "compasión": debilidad, ceguera, nihilismo reactivo, sadomasoquismo. Pero hoy no es defendible la compasión de quienes la ensalzan como uno de los cálidos hábitos del corazón, porque la compasión que promueven, acaba legitimando situaciones de injusticia estructural que, si bien no son las únicas causas del individualismo propietario y excluyente, sí que son algunas de sus raíces más seculares y robustas. Como las leyes de pobres, a las que antes nos hemos referido, lejos de cuestionar estructuralmente la pobreza acaban perpetuándola y convirtiendo a los pobres en objetos estigmatizados de la compasión. Por si esto fuera poco, la explícita invocación del evangelio para legitimar dichas prácticas compasivas, nos obliga a afirmar que la fe cristiana debe jugar otro papel para convertir la compasión en una fuente de cultura alternativa y liberadora.

### III. LA RESPUESTA DE UNA PRAXIS HUMANA Y CRISTIANA

Hemos podido distinguir en las causas de la crisis diferentes niveles que se retroalimentan entre sí: las prácticas denominadas desvergüenzas del capitalismo; el nivel más profundo de la deriva totalitaria de su lógica; el nivel aun más radical del individualismo propietario. Parece entonces obvio que el compromiso de actuación debe plantearse también en cada uno de dichos niveles, procurando plantearse la grave cuestión de la praxis humana y cristiana (que poco tiene que ver con las meras "prácticas").

Para ello es imprescindible que nos atrevamos a pensar y a vivir de otra manera, rechazando las razones de la razón cínica, superando la inercia de la razón indolente y aprovechando la experiencia vivida para ejercer la verdadera razón crítica, que es la que nos posibilita ejercer de seres humanos libres y responsables. Debemos atrevernos a deslegitimar el imaginario propietario, consumista y privatista, comenzando por sus raíces religiosas y éticas, para reivindicar la simplicidad de vida, el ser y el desprenderse frente al

poder y el tener, el saber para transformar la realidad en vez del saber para dominar, y las aspiraciones personales como antesala de la búsqueda del interés colectivo. Ser señor de uno mismo no es admisible, si es a costa de que los demás no puedan serlo. Debemos deslegitimar tanto el relativismo como el materialismo consumista que impiden establecer las verdaderas prioridades a la hora de satisfacer necesidades o perseguir intereses.

Hoy la primera prioridad es salvar la vida de tantas víctimas reales del hambre y de la pobreza, mediante la entrega sin dilación de los recursos necesarios para lograrlo, evitando así que siga creciendo la criminal brecha que separa a los países ricos de los países pobres, así como a los ricos de los pobres en cada uno de los países. Como afirma la FAO, con 30.000 millones de dólares anuales bastaría para solventar la crisis alimentaria. Esta es una cantidad pequeña si la comparamos con las cifras destinadas a ayudar a los sectores agrícolas de los países ricos, casi ridícula si la comparamos con las aportaciones hechas a los mercados financieros y más ridícula todavía si la comparamos con la cifra billonaria de la industria bélica. No se puede pretender alcanzar “los objetivos del milenio”, que –recordemos– tenían como fecha límite el año 2015, convirtiéndolos, como parece ocurrir ahora, en los objetivos para todo este milenio. Debemos asumir que la responsabilidad principal de la situación de nuestro mundo, de la pobreza y demás lacras derivadas del propietario, es de los ricos, por mucho que nos exculpemos y culpemos de ella a los mismos pobres.

Si el origen último de la crisis está en la injusticia de nuestro desorden global, es necesario establecer un nuevo orden económico y a la vez jurídico y político más eficaces y justos. Es imprescindible ejercer un control político, pero de carácter democrático, sobre la economía. En primer lugar, sometiendo los flujos financieros a normas obligatorias para todo el mundo y orientadas a favorecer una economía real que produzca los bienes y servicios que la gente realmente necesita y que garantice un trabajo digno para todos. En la situación actual, además de eliminar los paraísos fiscales y de exigir responsabilidades a quienes han actuado y siguen actuando de forma fraudulenta, hay que impedir que se siga especulando con lo que es vital en toda economía, especialmente con los alimentos y su producción sostenible. Es inaceptable que se socialicen simplemente las pérdidas de quienes han sido tan codiciosos privatizando los beneficios, por lo que el dinero público que se está invirtiendo para solventar la crisis debe revertir en beneficio de todos. Por eso el mayor esfuerzo de los gobiernos e instituciones debe orientarse a invertir en lo que, además de generar riqueza, la distribuya de manera más justa y solidaria. La promoción de una fiscalidad progresiva que impida que crezca la desigualdad, como ha ocurrido hasta ahora, y la inversión en una economía más ecológica

y solidaria son imprescindibles en la persecución de la justicia distributiva. Como han dicho los representantes del sindicalismo mundial en la cumbre paralela de Washington "la clave fundamental está en afrontar la crisis de justicia que es el fondo de la actual crisis económica".

Los cristianos no tenemos recetas técnicas especiales para solventar la crisis. Pero el espíritu cristiano debería ser una razón decisiva para buscarla y comprometerla en la construcción de un mundo más justo y solidario y en el que crisis como la actual no deberían producirse. El evangelio cristiano está lleno de ejemplos que nos invitan a reconstruir las relaciones humanas pervertidas por el individualismo propietario y por la codicia, transformando a la vez las instituciones y las actitudes morales personales. Formas de llevar a cabo la globalización económica que son, como la actual, injustas, irracionales y dañinas para una gran parte de la humanidad, resultan condenadas claramente por el evangelio. En él se dice que hay una lucha sin cuartel entre Mammón y Dios, entre la ley de muerte que deshumaniza esclavizando (al avaro, al administrador infiel, a Epulón), y la ley de vida que libera y humaniza a quien se deja rescatar el corazón de las cadenas del dinero y de la propiedad injusta. No caben medias tintas: no se puede tener dos amos.

La historia milenaria del occidente cristiano nos acusa de haber traicionado este evangelio y de habernos guiado por la razón cínica e indolente. La razón crítica y compasiva que debe acompañar a todo cristiano, nos obliga a cambiar de rumbo, a convertirnos. Sabemos que, como también reitera el evangelio, esto es muy difícil para quien es rico, pero no lo es para Dios. La Iglesia del siglo XXI, ante una crisis como ésta, debería priorizar lo que sin duda es el problema más importante de nuestro mundo, en vez obsesionarse con cuestiones referidas a sus propios intereses institucionales, y atreverse a poner en juego sus talentos para que la praxis de Jesús se convierta en bienaventuranza fecunda.

Estamos convencidos de que, si quienes seguimos confesándonos cristianos y "ejerciendo de ricos" tuviéramos el valor para convertirnos y actuar en consecuencia, cambiarían las cosas. Si no tenemos valor para adecuarnos a lo que nos exige una visión responsable y creyente de la crisis, al menos, no tengamos la hipocresía de justificarnos con argumentos propios de la razón cínica o indolente.

Tenemos la certeza de que, si la Iglesia, incluida la presencia pública del Papa en sus alocuciones reiteradas, jugase lo fundamental de su anuncio a esta carta, no sólo sería más fiel al Evangelio y aparecería más cordial y solidariamente humana, sino que el anuncio de la fe resultaría mucho más creíble. Más creíble sobre todo para lo mejor de la humanidad, es decir, para aquellas personas que, sensibles al dolor de los demás, comprometen su vida en ayudarles "de obra y de verdad".